

«“Nuestro corazón tiene una necesidad última, imperiosa, profunda, de plenitud, de verdad, de belleza, de bondad, de amor, de seguridad final, de felicidad”. ¿Es verdad? ¿Hay algo que pueda corresponder a estas exigencias del corazón?»

«CREAR HUELLAS EN LA HISTORIA DEL MUNDO»

## 2. El acontecimiento cristiano como encuentro

de Luigi Giussani\*

*Excepcional y con una profunda simpatía humana*

Pero ¿cómo pudieron esos dos primeros, Juan y Andrés (este último quizá estuviera casado y tenía hijos), ser conquistados tan rápidamente por él y reconocerle («Hemos encontrado al Mesías»)? Hay una desproporción aparente entre la forma extremadamente simple de lo ocurrido y la certeza que mostraron tener los dos. Por consiguiente, si aquello ocurrió de hecho, reconocer a aquel hombre –no detalladamente y hasta el fondo, pero sí quién era él en su valor único e incomparable («divino»)– tenía que ser fácil. ¿Por qué era fácil reconocerle? Por su *excepcionalidad* incomparable. Tenían ante sus ojos algo incomparablemente excepcional: habían entrado en contacto con un hombre excepcional, absolutamente fuera de lo común, irreductible a cualquier clase de análisis.

¿Qué quiere decir «excepcional»? ¿Cuándo se puede decir de algo que es «excepcional»? Cuando corresponde adecuadamente a las expectativas originales del corazón, por confusa y nebulosa que pueda ser la conciencia que se tenga de ellas. Lo excepcional es, paradójicamente, la aparición de lo que es más «natural» para nosotros. ¿Y qué es lo «natural» para nosotros? Que suceda lo que deseamos. Efectivamente, nada es más natural que la completa satisfacción del deseo último y profundo del corazón, que la respuesta a las exigencias que están en la raíz de nuestro ser, por las cuales vivimos y nos movemos de hecho. Nuestro corazón tiene una necesidad última, imperiosa, profunda, de plenitud, de verdad, de belleza, de bondad, de amor, de seguridad final, de felicidad; por todo ello, encontrarnos con una respuesta a esas exigencias debería ser la cosa más obvia y normal de todas. Y, sin embargo, ese corresponder, que debería ser la normalidad suprema, nos resulta supremamente excepcional. Toparse con algo absoluta y profundamente natural – es decir, correspondiente a las exigencias del corazón con que nos dota la naturaleza– es, pues, una cosa absolutamente excepcional. Hay en esto como una extraña contradicción: lo que ocurre habitualmente no es nunca verdaderamente excepcional, porque no logra responder adecuadamente a las exigencias del corazón.

Así, pues, lo que hace fácil reconocer a Cristo es el carácter excepcional del que apare- »

\* Del libro L. Giussani - S. Alberto - J. Prades,  
*Crear huellas en la historia del mundo*,  
Encuentro, Madrid 2019, pp. 23-29.

» ce dotada su figura. Para Juan y Andrés aquel hombre correspondía de modo inimaginable a las exigencias irresistibles e innegables de su corazón. Nadie era como aquel hombre: en el encuentro con él se producía una correspondencia con el corazón impensable, nunca imaginada ni experimentada antes. ¡Qué asombro sin precedentes debió de suscitar en los dos primeros que le conocieron, y luego en Simón, Felipe y Natanael!

Y no solamente fue fácil reconocerle; era facilísimo vivir la relación con él. Bastaba secundar la simpatía que provocaba, una *simpatía profunda*, semejante a esa vertiginosa y carnal que tiene el niño con su madre, que es una simpatía en el sentido intenso del término. Un niño puede equivocarse mil veces al día con su madre, pero ¡ay si se le aleja de ella! Si pudiera comprender la pregunta «¿Amas a esta mujer?» y responder a ella, podemos imaginar el «sí» que gritaría. Y cuanto más se hubiera equivocado, más fuerte gritaría «Sí, yo la quiero», para reafirmarlo. Esta es la lógica del conocimiento y de la moralidad que la convivencia con aquel hombre volvía necesaria: una profunda simpatía. Aprender de su carácter excepcional era, por consiguiente, desarrollar esa simpatía última.

## 2. EL MÉTODO DE DIOS

*Un acontecimiento, no pensamientos nuestros*

El primer capítulo del evangelio de Juan documenta la forma sencillísima y profunda con la que brotó el cristianismo en la historia: un acontecimiento humano que sucede, el encuentro con el hecho de una presencia excepcional. Para Andrés y Juan el cristianismo, o mejor, el cumplimiento de la Ley, la realización de la antigua promesa, en cuya espera vivía el buen pueblo hebreo (como Ana la profetisa<sup>1</sup>, el viejo Simeón<sup>2</sup> o los pastores<sup>3</sup> que describen los primeros capítulos de san Lucas), el Mesías, Aquel que tenía que venir y a quien el pueblo esperaba, era ahora un hombre que estaba delante de sus ojos: se lo encontraron delante de ellos, le siguieron, fueron a su casa y permanecieron toda aquella tarde con él, maravillados, con la boca abierta de par en par, mirándole hablar. Y cuando, al volver, dijeron: «Hemos conocido al Mesías», repetían con certeza palabras que le habían oído decir a él. El cumplimiento de la gran promesa bíblica era un hombre que estaba allí, delante de sus ojos. No hay palabra alguna en el vocabulario que identifique mejor que la palabra «acontecimiento» la forma en que la «cuestión» se hizo realidad, se volvió carnal, temporal. El cristianismo es un «acontecimiento»: algo que antes no existía y que en un momento dado surgió. No es que Andrés y Juan dijeran: «Lo que nos ha sucedido es un acontecimiento». Evidentemente no era necesario que explicaran ya entonces con una definición lo que les estaba sucediendo: ¡simplemente les estaba sucediendo!

El cristianismo es un acontecimiento. No existe otra palabra para indicar su naturaleza: ni la palabra «ley», ni las palabras «ideología», «concepción» o «proyecto». El cristianismo no es una doctrina religiosa, una lista de leyes morales, un conjunto de ritos. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento: todo el resto es consecuencia.

La palabra «acontecimiento» es, pues, decisiva. Porque indica el método que Dios ha elegido y utilizado para salvar al hombre<sup>4</sup>: Dios se hizo hombre en el seno de una muchacha de quince a diecisiete años que se llamaba María, en el «vientre que fue albergue de nuestro »

<sup>1</sup> Cfr. Lc 2,36-38.

<sup>2</sup> Cfr. Lc 2,25-35.

<sup>3</sup> Cfr. Lc 2,8-20.

<sup>4</sup> Cfr. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011, pp. 128-134.

» deseo»<sup>5</sup>, como dice Dante. El *modo* con el que Dios ha entrado en relación con nosotros para salvarnos es un *acontecimiento*, no un pensamiento o un sentimiento religioso<sup>6</sup>. Es un hecho acontecido en la historia que revela quién es Dios e indica lo que Dios quiere del hombre, lo que el hombre debe hacer para su relación con Dios. Dios habría podido también elegir como medio de comunicarse a los hombres una inspiración directa, de tal modo que cada uno hubiera tenido que seguir lo que Dios le sugiriese en su pensamiento y en su corazón. Un método, este último, para nada en absoluto más fácil y seguro, al estar siempre expuesto a la fluctuación de nuestros sentimientos y pensamientos<sup>7</sup>.

### *Para la salvación del hombre*

El cristianismo es un acontecimiento con el que se encuentra el yo y que a este le resulta «consanguíneo»<sup>8</sup>; es un hecho que revela el yo a sí mismo. «Cuando he conocido a Cristo me he descubierto como hombre»<sup>9</sup>, decía el pretor romano Mario Victorino. Que el hombre se vea «salvado» quiere decir que reconoce quién es, que reconoce su destino y sabe cómo dirigir sus pasos hacia él. Y, tal como escribe Albert Camus, «no es a fuerza de escrúpulos como el hombre se hace grande. La grandeza llega, si Dios quiere, como una bella jornada»<sup>10</sup>. Es un acontecimiento –la irrupción de una novedad– lo que da comienzo al proceso mediante el cual empieza el yo a tomar conciencia de sí, a tomar nota del destino hacia el que se encamina, del camino que está haciendo, de los derechos que tiene, de los deberes que tiene que respetar, de su entera fisonomía. El dinamismo del acontecimiento, por otro lado, detona la forma del conocimiento en cada nuevo paso que da este<sup>11</sup>. Sin «acontecimiento» no se conoce nada nuevo, es decir, no hay elemento nuevo alguno que entre en nuestra conciencia. El crítico francés Alain Finkielkraut afirma en una entrevista sobre la actualidad que tiene Péguy: «Un acontecimiento es algo que irrumpe desde fuera de nosotros. Algo imprevisto. Este es el *método supremo del conocimiento*. Necesitamos devolver al acontecimiento su dimensión ontológica de *nuevo comienzo*. Es una irrupción de lo nuevo lo que rompe los engranajes consabidos, lo que pone en marcha un proceso»<sup>12</sup>.

Conocer es encontrarse frente a algo nuevo, algo extraño a uno mismo, no construido por nosotros, algo que rompe los engranajes de las cosas ya establecidas, de las definiciones previamente sentadas. Es lo que nos hace observar Cesare Pavese: «Hace falta una intervención desde fuera para cambiar de dirección»<sup>13</sup>.

El acontecimiento es, pues, capital para cualquier clase de «descubrimiento», para todo tipo de conocimiento. »

<sup>5</sup> D. Alighieri, *Paraíso*, Canto XXIII, vv. 104-105.

<sup>6</sup> Cfr. L. Giussani, *Los orígenes...*, op. cit., pp. 39-47.

<sup>7</sup> Cfr. Is 48,6-7.

<sup>8</sup> Cfr. 2 Pe 1,4.

<sup>9</sup> Cfr. M. Victorino, «In epistola ad ephesios», Liber secundus, en *Marii Victorini Opera exegetica*, cap. 4, v. 14.

<sup>10</sup> A. Camus, *Taccuini*, III (1951-1959), Bompiani, Milán 1992, p. 34 (trad. cast.: *Carnets 3*, en *Obras*, Alianza, Madrid 1996).

<sup>11</sup> Cfr. las tres premisas metodológicas (realismo, razonabilidad e influencia de la moralidad en el dinamismo del conocimiento) en L. Giussani, *Il senso religioso*, Rizzoli, Milán 1997, pp. 3-44 (trad. cast.: *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 17-55); y *Si può (veramente?!) vivere così*, BUR, Milán 1996, pp. 58ss.

<sup>12</sup> A. Finkielkraut, «Sacaré a Péguy del gueto», entrevista realizada por S.M. Paci, en «30Giorni», n. 6, junio 1992, pp. 58-61.

<sup>13</sup> C. Pavese, *Il mestiere di vivere*, Einaudi, Torino 1952, p. 14 (trad. cast.: *El oficio de vivir*, Planeta, Barcelona 1977).

» Pues bien, aquel Hecho, el acontecimiento de aquella presencia humana excepcional, se presenta como el método elegido por Dios para revelar al hombre a sí mismo, para despertarle a una claridad definitiva respecto a los factores que le constituyen, para abrirle al reconocimiento de su destino y sostenerle en su camino hacia él, para convertirle dentro de la historia en sujeto adecuado de una acción que lleve consigo el significado del mundo. Dicho acontecimiento es, así, lo que pone en marcha el proceso mediante el cual el hombre toma conciencia acabada de sí mismo, de su entera fisonomía, y empieza a decir *yo* con dignidad.

Dios se ha convertido en un acontecimiento dentro de nuestra existencia cotidiana, a fin de que nuestro yo reconozca con claridad sus propios factores originales y alcance su destino, esto es, se salve. Así fue para María y José. Así fue para Juan y Andrés, que se fueron tras Jesús por la señal que hizo Juan Bautista. Dios entraba en su vida como un acontecimiento. Tanto si lo mantuvieron siempre presente como si lo olvidaron a ratos, especialmente durante los primeros días o meses, toda su vida dependió a partir de entonces de aquel acontecimiento: porque de un acontecimiento, en la medida en que sea importante, no se puede volver atrás. Esto es lo que les ocurrió a ellos. Y así nos ocurre hoy también a nosotros: solo un acontecimiento puede marcar un comienzo y un camino. En efecto, el acontecimiento puede indicar un *método* de vida. En todo caso, se trata de una experiencia que hay que hacer. Porque el camino requiere el compromiso del hombre tocado por el acontecimiento, hasta llegar a captar el verdadero significado de lo que ha comenzado a entrever: es un camino de la mirada<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Cfr. I. de la Potterie, «Guardare per credere», entrevista realizada por A. Socci, en «Il Sabato», n. 46, 14 noviembre 1992, pp. 60-65.